

Ritos de vida entre los tarahumares

Las futuras generaciones no encontrarán otros recuerdos de los tarahumares que los que logren recoger los científicos de hoy, de labios mismos de este pueblo y del estudio de sus utensilios y costumbres. Han llegado hasta nosotros como restos interesantes de remotas edades, como representantes de una de las etapas de mayor importancia en el desarrollo de la raza humana, como ejemplo de una de aquéllas.

Karl Söphus Lumpholtz,
El México desconocido

ES DE NOCHE. Arriba *Mechá*, la Luna, parece una delgada uña en creciente. Abajo la *gunógoriki*, la casa de troncos, deja escapar alguna luz por la rendija de la puerta entrecerrada. *Rábrica* el marido ha salido en busca de su suegra, que vive cerca, pues Sibiriana, su mujer, está a punto de tener su primer hijo. Mientras espera que lleguen, ella pasea la mirada por el único cuarto que hay en la casa para comprobar que todo esté preparado. En efecto, hay un palo que atraviesa el rincón, apoyado en aquellas dos paredes a la altura de su cabeza, que Sibiriana puede alcanzar con ambas manos. Bajo esta viga su esposo acomodó hace rato algunas piezas de manta y una *gíma-ka* o cobija de lana. En el fogón, al rescoldo entre las brasas, se encuentra una olla de barro casi llena de agua.

El sabor del humo, acre y picante, no la molesta pues toda su vida, los catorce años completos, ha respirado al calor de la leña de encino o de madroño sobre cuyo fuego primero su madre, como su abuela antes que ella, cocinaron y le enseñaron a preparar el *kobishi* o pinole, el *keoriki* o esquiate, el *watónari* y las *réme*, que los mestizos llaman atole y tortillas; además de otros platillos que ahora no se le antojan. Su estómago se aprieta con las contracciones provocadas por el nuevo tarahumar que se agita en su interior.

No muy lejos, las voces le llegan apagadas:

- | | |
|----------------------------------------|------------------------------------------------|
| -Ké'me machiamti. | -No sé muy bien. |
| -Ne animéa ma mu ga'rá uméruma newayá. | -Te voy a decir para que lo puedas hacer bien. |
| -Má ne machí chí regá ta orábo. | -Ya sé cómo le vamos a hacer. |

Rábrica se oye algo nervioso, pues piensa que convertirse en padre de una criatura no es asunto de todos los días. Solpina en cambio, con seis partos y tres hijos vivos y ya crecidos —los dos muchachos aún son solteros— parlotea confiada; tener hijos tampoco es cosa del otro mundo, después de todo.

Ambos entran en la casa y el marido, convenientemente aleccionado, toca el agua para asegurarse de que está tibia. Su suegra palpa a la parturienta con rápidos movimientos y asiente con aire experto:

- | | |
|--------------|-------------|
| -Ga'rá júku. | -Está bien. |
|--------------|-------------|



Sí, todo va bien. No puede ser de otra manera, ya que el otro día el *o'wirúame* o curandero ofició la ceremonia de curación; los tarahumares bailaron el *tutugúri* toda la noche, bebieron mucho tescüino y las mujeres sacrificaron un animal para hacer el *tónari*, la carne que mezclada con granos de maíz se cuece sin sal. Cuando *Ráyénari*, el Sol, estaba ya alto en el cielo, ellos comieron y bebieron en el *awirachi*, ese patio ceremonial que con sus tres cruces plantadas hacia donde sale el sol, puede verse frente a toda casa tarahumara. El *o'wirúame* curó luego a toda la familia.

Se acercó pausado, serio, solemne. Tomó un poco de *tónari* en un guaje y lo arrojó a los cuatro rumbos. Con ademanes lentos repitió la ofrenda con el tescüino, luego mojó un crucifijo pequeño en la bebida e hizo la señal de la cruz varias veces en el aire, una frente a la cabeza de Sibiriana, otra delante de cada hombro y por último a la altura de las rodillas de la mujer que, junto a su esposo, ambos cerca del fuego, arrodillados y baja la mirada, sintieron cómo los purificaba la cura. El oficiante repitió los movimientos del rito con *Rábrica* en idéntica forma. Colgó del cuello de cada cónyuge sendos collares hechos con las semillas de la planta que los blancos conocen como lágrimas de Job o lágrimas de San Pedro.

El *o'wirúame* tomó enseguida un tubo de *baká*, el carrizo de los cañaverales que bordean los arroyos, tan abundantes en la Tarahumara; apoyó el extremo en la mejilla de Sibiriana, junto al ojo derecho y chupó por la otra punta, a quince centímetros de distancia para escupir el contenido en una hoja de mazorca. Cambió la caña por otra igual que guardaba en una vasija llena de agua y repitió la succión en el ojo de *Rábrica*.



Tras un sorbo de tescüino curó las piernas, vientre y pecho de los esposos; por último, echó los escupitajos de la hoja a la lumbre luego de mostrarlos a la concurrencia, cuyos integrantes vieron los gusanos —la enfermedad— mezclados con la saliva del curandero.

El médico roció el agua en que enjuagó las cañas alrededor del fuego. Tomó una rama encendida y la pasó por la cabeza de Sibiriana y de *Rabrika* hasta que algunos mechones de pelo se chamuscaron y cortó así el hilo que mantiene al no nacido atado al cielo. De esta manera, pudo permitir el nacimiento y conjurar el peligro de aborto y otros males que de no ser por él, pueden sobrevenir a la familia, como huracanes y tormentas. El *o'wiríame* dejó caer la antorcha en la fogata, quitó sus collares a los exorcizados y guardó sus utensilios en una bolsa de cuero que cerró de un tirón, con lo que dio por terminada la ceremonia.

Así pues, nada puede ir mal ahora que se aproxima el nacimiento de la criatura.

Las dos mujeres se miran y asienten sin decir palabra. Las contracciones son muy frecuentes. Sibiriana aferra el travesaño con las dos manos y separa las piernas; así facilita el trabajo de parto y al mismo tiempo evita que la *sipúchaka*, la larga falda que forma una especie de campana con sus numerosos pliegues, estorbe el paso del bebé.

La matrona acomoda los trapos entre los tobillos de su hija; de pie tras ella coloca las manos en la informe cintura y murmura algo ininteligible. Ambas respiran al unísono y en un momento dado la comadrona aprieta hacia abajo la matriz abultada; un gemido ahogado escapa de la garganta de Sibiriana.

Frente a su esposa *Rabrika* sostiene la infusión de hierbas que mientras tanto ha preparado y le da a beber algunos sorbos.

Las maniobras de las mujeres se repiten a intervalos cada vez más cortos. De pronto, tras un sollozo prolongado de la muchacha, el niño se desliza por entre las piernas de su madre y cae sobre el nido con un ruido sordo que no se percibe, sofocado por la exclamación de la abuela:

— ¡*Má ma'chinare ba!*

— ¡Ya nació!

Mientras la parturienta permanece aferrada al tronco que le sirve de sostén, Solpina toma el afilado cuchillo de piedra —no de acero porque al crecer, el muchacho se convertiría en asesino— que su yerno le tiende y corta de un rápido tajo el cordón umbilical; anuda el ombligo del nuevo tarahumar, un chiquillo rubicundo que llora sin cesar y se lleva la mano a la boca en un intento por mamar, y lo lava con agua tibia antes de envolverlo en pañales de tela limpia.

Entre tanto se ha producido el parto placentario y Sibiriana se dirige tambaleante a la cama de tablonés que, montados sobre dos burros de madera, se apoyan en la pared. El marido sale para dar tiempo a su suegra de enterrar la placenta detrás de la vivienda y al trasponer la puerta comprueba que ya ha amanecido.

Los colores del día le parecen nuevos, el aire frío le sabe mejor y los aromas del bosque tienen un gusto nítido y claro. Ahora es papá y ha de asumir nuevos deberes. Respira hondo y da las gracias a *Onoriame*, el padre, por el nacimiento de su hijo. Regresa a la casa y entra con además posesivo y suficiente. Se acerca al niño y lo contempla serio; lo toca torpemente y retira la mano, un poco asustado por la fragilidad y suavidad de la piel. Solpina prepara algo de comer mientras Sibiriana y el recién nacido descansan.

Al ver que nadie le hace caso, el nuevo padre sale y se sienta al sol, la espalda apoyada en la pared de su casa, algo fastidiado y un poco sorprendido. Se consuela un poco ante la perspectiva de que no hará nada en tres días, pues su trabajo le saldría mal y atraería la mala suerte. La fortuna, él lo sabe muy bien, es cosa seria, que no conviene tentar. Sibiriana en cambio, le dará de mamar al chiquillo hoy en la tarde y mañana reanudará sus quehaceres cotidianos como de costumbre.



RAYÉNARI, EL SOL, ha salido y se ha ocultado tres veces. El *o'wirúame* permanece apartado y con aire distante. Los tarahumares empezaron a llegar desde temprano y luego de saludar a los padres del niño se pasean por el *awirachi* o lugar donde se danza, en espera de que comience la ceremonia de purificación, el *wikubériame* o sahumero ritual que ha de hacerse a los tres días puesto que el chiquillo es varón; si fuera niña, el rito se celebraría mañana.

Los parientes de *Rábrica* limpiaron el patio desde ayer; arrancaron las hierbas, nivelaron el terreno y repararon los tablones del *rejibéchi*, el altar que se alza poco más de medio metro al pie de las tres cruces plantadas al oriente, las dos dedicadas a *Onorúame* y a *Eyerúame*, los que son padre y madre, y la más pequeña o *nawiriki* a la muerte, elevada algo más lejos, a la izquierda.

Las mujeres mataron una cabra y cocinaron el *tónari* luego de separar la sangre del animal. Colocaron el tesgüino junto a las cruces y las otras ofrendas —pinole, tortillas y *tónari*— sobre el altar. Ahora la ceremonia está a punto de comenzar con el *rutubúri* o *tutugúri*, el baile que el tecolote —*rutúkuri*— les enseñó a los antepasados.

El *o'wirúame*, *Rábrica* y *Rankilino*, su futuro compadre, se colocan frente a las cruces, de cara al este, en la mano derecha sendas *sáwara* o sonajas ceremoniales, la expresión respetuosa y solemne. Los tres oficiantes agitan las *sáwara* hacia los lados. Cuando juzgan que han llamado suficientemente la atención de *Onorúame* y *Eyerúame*, sacuden los instrumentos de arriba a abajo y avanzan con pequeños saltos al tiempo que entonan el canto que acompaña la danza sagrada; pasan las cruces y se



detienen unos diez pasos más allá, dan media vuelta y regresan, rebasan el altar otros diez pasos, giran y repiten las evoluciones tres veces, con lo que termina el introito o prelude del *tutugúri*.

Ahora los asistentes se integran al movimiento, los hombres a la derecha y las mujeres a la izquierda, todos con los brazos cruzados, mientras el trío de conductores canta y sigue el ritmo de este a oeste antes de voltear y avanzar en dirección contraria. Los hombres marchan en línea, seguidos por las mujeres, dan medio giro y repiten el desplazamiento una y otra vez.

Horas después, el *o'wirúame* decide que ya han bailado bastante, se detiene frente a las cruces y el *rutubúri* termina.

El curandero levanta el tesgüino y lo presenta a las cruces para consagrarlo. Ingiere un poco y ofrece la bebida a los presentes. *Rábrica*, Sibiriana y el niño, con *Rankilino* y *Sinóba*, los padrinos, hincan las rodillas en tierra. El *o'wirúame* toma un poco de *mo'rewaka*, que los blancos y los mestizos conocen como incienso y hace la señal de la cruz a los lados de la cabeza de cada miembro de la familia y de los padrinos. Con tres ramas de pino encendidas en la hoguera, quema un poco de pelo de cada uno, se llena la boca de agua y escupe sobre sus cabezas, de manera que traza una cruz, con lo que termina el ritual *mo'oréma* o *mo'orépumana*, es decir, les "corta la cabeza".

El curador es un hombre concienzudo, por lo que ahora se dispone a finalizar la curación con el *wikubériame* propiamente dicho. Arroja unas ramas verdes de enebro en el fuego para provocar una densa humareda blanca y a una señal suya *Rábrica* y *Rankilino*, su compadre, colocan al niño en una *gimaka* o cobija de lana y lo exponen al humo tres veces hacia los cuatro rumbos, levantan al bebé en alto para que *Rayénari*, el Sol, le dé de lleno y caminan alrededor de las cruces según la ruta del astro: primero al este, luego al norte, después al oeste y por último al sur. No embadurna el *o'wirúame* al chiquillo con el ungüento de grasa de víbora de cascabel y hierbas porque esta costumbre ha caído en desuso.

Termina así la cura y todos los presentes se disponen a consumir las existencias de tesgüino, lo que ocurre con sorprendente rapidez, pues al caer la noche no queda una sola gota.

A lo lejos, aquí y allá se escuchan las voces de los invitados que, tambaleantes, se dirigen a sus casas, hecho que pasa inadvertido para *Rábrica* quien, con una expresión beatífica en el rostro, duerme tranquilamente los efectos del licor.

Julio 21 de 1987.